

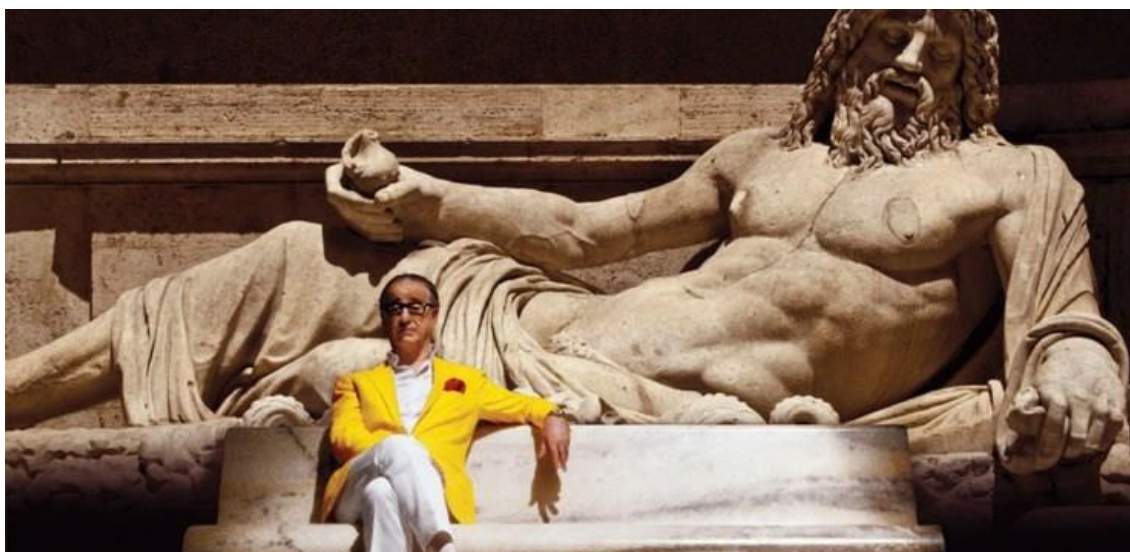
**CINEFORUM ON LINE 5 de octubre; 19:00**

Asociación de Alumnos & Alumni, UMA Comillas

**AUDEMAMAC**  
UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS



## La grande bellezza (Paolo Sorrentino, 2013)



### **CUESTIONES PARA EL DEBATE**

Se recomienda el visionado uno o dos días antes del debate, a fin de tener la película muy fresca.

- ¿En qué medida Sorrentino continúa la visión crítica y festiva de la sociedad italiana que había hecho el cine de Federico Fellini?
- ¿Qué función tiene el arte en la vida de las personas? ¿Cómo se distingue entre el arte verdadero y la impostura?
- ¿Qué pasado tiene Jep Gambardella y cómo le afecta en su apreciación del presente?
- ¿Qué buscan los distintos personajes tras las fiestas y posturesos?

### **COMENTARIO (para leer después de ver la película)**

No cabe la menor duda de que Paolo Sorrentino (Nápoles, 1970) es un director con personalidad, inteligente, con talento, como siempre dicen los norteamericanos de los cineastas. Se percibía manifiestamente en *Il Divo*, aquella

película sobre la figura de Giulio Andreotti que trascendía esa vida particular y el contexto italiano de la larga hegemonía de la democracia cristiana para trazar una espléndida reflexión sobre el poder y la ambición, lo que, en el fondo, no es sino abundar en la condición humana; y también en aquella extraña historia de un colaborador de la Mafia titulada *Las consecuencias del amor*. En estas dos películas y en *La gran belleza* el protagonista viene encarnado por el mismo actor, Toni Servillo, un “uomo qualunque” donde nos podemos mirar todos. También se han estrenado en nuestro país la serie *The New Pope* (2016) y el espléndido retrato de crítica política *Silvio (y los otros)* (2018).

De entrada, *La gran belleza* es un (confeso o no) estupendo homenaje a Federico Fellini en el vigésimo aniversario de su muerte, pues la fuerte e inimitable personalidad del cineasta de Rimini flota sobre la pantalla en el periodista descreído Jep Gambardella que recuerda tanto al Marcello de *La dolce vita* como al director Guido Anselmi de *Ocho y medio*, flota tras las mujeres maduras de la burguesía romana excesivas en sus ropajes, maquillajes y delirios, en los personajes carnavalescos (la enana, los nobles decadentes, el cardenal, la monja santa...) de la Roma eterna y, en fin, en el bosquejo de Gran Teatro del Mundo que es esta notable película. Y esa Roma-Babilonia no está lejos de la *Roma* felliniana con la gran mascarada de las tardes de terraza en el ático frente al Coliseo, que es un espacio social de antiguos progres que dejaron atrás la mala conciencia y se apuntaron al arribismo, ególatras alcoholizados, pseudointelectuales dogmáticos, nobles de alquiler, maduros con las hormonas revueltas, jóvenes diletantes y presuntos dramaturgos, estúpidos novelistas en ciernes al modo proustiano, nihilistas tardoadolescentes... Y mientras tanto, permanece la sólida belleza de la ciudad con las esculturas de las fuentes-centros del mundo de Navona y otras plazas, del templo de San Pietro in Montorio, los arcos y galerías, el acueducto de Claudio o los muros milenarios que han sido y serán testigos de tanta decadencia.

Tras un prólogo en el que la cámara sobrevuela por esos espacios de la ciudad ya convertidos en postal, y visitados por un grupo de turistas japoneses, la fiesta del 65 aniversario de Jep Gambardella muestra a desmelenados hombres y mujeres ya maduros con prisa por no perderse no se sabe qué. Jep es el hilo conductor para un fresco de una generación de diletantes, digamos los ahora nihilistas supervivientes de la crítica juventud de los 60/70 que se rebeló contra las convenciones burguesas, sumidos en un circo permanente, tras haber perdido los ideales de las revoluciones propuestas, aunque en su fuero interno permanezca el rescoldo de la nostalgia en forma de recuerdo de una belleza/amor imposible de recuperar. Es lo que le sucede a Jep, noctámbulo profesional, perejil de todas la salsas, con adecuada vestimenta a lo Tom Wolf, cuyo papel de cronista crítico y hasta cínico desempeña con profesionalidad. Ese cinismo le permite una distancia frente al mundo de la gente guapa en el que vive y del que se alimenta, aunque, en el fondo lo desprecia, pues, “No sólo quería participar en las fiestas; quería tener el poder de hacerlas fracasar”.

Se le respeta porque se le teme, y no hay más remedio que aceptar a regañadientes su rol de Pepito Grillo que llega a la crueldad al desnudar a los prepotentes; con mucha coherencia, Jep sólo acepta como autoridad a la aparentemente débil enana Dadina y únicamente permite que le llame por su

nombre (granuja) a la asistente sudamericana. Ha vivido mucho y ha tenido de todo, pero sólo le puede conmovir la inocencia de los niños de primera comunión que se encuentra en sus amaneceres de resaca, de regreso a casa; del mismo modo, sólo encuentra algo parecido al amor cuando no busca el sexo, como con Ramona, la hija de su amigo que se dedica al *striptease* tan a destiempo. La vida le ha negado durante décadas, desde su juvenil recuerdo con la chica junto al faro, el amor / belleza: de ahí la búsqueda permanente de una belleza que sólo encuentra en las piedras centenarias, porque ahora el arte se manifiesta en la egolatría de una exposición con autorretratos hechos cada día a lo largo de los años, la *action painting* del lanzador de cuchillos o –lo que resulta muy elocuente por el contraste– una *performance* estúpida que consiste en un cabezazo contra el acueducto de Claudio. Porque sólo hay huellas de la belleza en esas piedras y en las visitas de noche a los *palazzi* que atesoran obras de arte todavía elocuentes. Y la búsqueda de la belleza humana termina en manos del cirujano-vidente ávido de dinero.

Jep Gambardella es la continuación del Marcello felliniano tras todas las batallas y las ilusiones perdidas, cuando sólo queda el recuerdo en el pensamiento y la fantasía del mar azul al mirar el techo tumbado en la cama. Desde su atalaya sobre el Coliseo parece dominar la Historia, además del presente tan deficitario, con miserias tan evidentes; pero sus noches cosmopolitas terminan con un paseo contemplativo por la ribera del Tíber, tomando conciencia de la fugacidad del tiempo con el discurrir del río. La metáfora del río aparece en el paratexto del cartel como preludeo del filme, pues la escultura a la espalda del protagonista llamada Marforio es un río y está en el Cortile del Palazzo Nuovo del Campidoglio. Nos ha propuesto un viaje de ficción, como enuncia en la cita de Louis-Ferdinand Céline<sup>1</sup> con que se abre el relato. Viaje por la mundanidad en primera instancia, pero más allá del papel couché y las noches de petardeo, nada menos que un viaje en pos de la belleza y del sentido de la vida. La enfermedad de Ramona preludia un dolor inconsolable que se pone en escena en el suicidio del joven y su funeral; esto da pie a la pregunta por el más allá, que queda sin resolver, porque lo único que tiene explicación es el truco, como la jirafa que desaparece. Sorrentino no encuentra una respuesta en la religión, que caricaturiza como perteneciente al mismo mundo frívolo de la noche romana (cardenal experto en recetas de cocina) o como puesta en escena teatral con sor María, la monja llegada de cuidar a los pobres que no habla o que exige la compañía de unos condes para la cena.

A Gambardella le reprochan constantemente que no haya continuado su carrera literaria, tras su celebrada novela “El aparato humano”; él reflexiona que, al igual que Flaubert, quisiera escribir sobre la nada. Después de hacer balance de su vida y mostrarnos esta feria de las vanidades o parada de monstruos parece concluir que la ficción es la única verdad sostenible y enuncia unas palabras que parecen el inicio de una nueva novela: “Termina siempre así, con la muerte. Pero antes, hubo vida. Escondido debajo el bla, bla, bla, bla. Y todo sedimentado bajo los murmullos y el ruido. El silencio y el sentimiento, la emoción y el miedo. Los demacrados, caprichosos destellos de belleza. Y luego la desgraciada miseria y el hombre miserable. Todo sepultado bajo la cubierta de la vergüenza de estar en el mundo. Bla, bla, bla, bla. Más allá, está el más allá. Yo no me ocupo del más allá. Por tanto, que esta novela dé comienzo. En el fondo, es sólo un truco. Sí, es sólo un truco”

Sorrentino ha escrito y filmado una película muy posmoderna, desequilibrada, desmedida a ratos, llena de citas, con una banda sonora espléndida, de una fuerza enorme. Esa banda, donde coexiste lo más hortera (“Mueve la colita” del Gato DJ o el “Far l’amore” entonado por Raffaella Carrà) con piezas de música coral sutiles como el “Dies irae” de Zbigniew Preisner, ejemplifica ese talante de contrastes y desmesuras que hoy es una apuesta estética reconocida. *La gran belleza* no es una película redonda ni obra maestra incuestionable, pero posee un discurso ambicioso, una capacidad de sugerir y una riqueza visual, sonora, temática... en ese recorrido por la noche que para sí quisieran películas más perfectas y que la hacen de visión obligada. — *José Luis Sánchez Noriega*

---

<sup>i</sup> “Viajar es útil, ejercita la imaginación. Todo lo demás es desilusión y fatiga. Nuestro viaje es enteramente imaginario. Ahí reside su fuerza. Va de la vida a la muerte. Personas, animales, ciudades y cosas, todo es inventado. Es una novela, nada más que una historia ficticia. Lo dice Littré, él no se equivoca nunca. Y además, cualquiera puede hacer otro tanto. Basta cerrar los ojos. Está en la otra parte de la vida.” (*Viaje al fin de la noche*)